

Señor Rector:

Bogotá, mayo 28 de 1933.

Nueve años ha vivía aún el Padre Almansa y alguna vez se me antojó fabricar una leyenda atañedora a la vetusta iglesia de San Diego, que gracias a él ha tenido tantos devotos y tendrá tantos recuerdos. El Padre Almansa—así lo creo—entró ya definitivamente en los campos amenos de nuestras crónicas legendarias y eso me anima para pedir a V. S. que otorgue un asilo en la REVISTA a la adjunta leyenda. Extraña podrá parecer la audacia de hacer homenaje a la memoria del dulce y humilde hijo de San Francisco con este cuento desmirriado, pero V. S. me absolverá de esta culpa pensando en «la sonrisa de perdón que hizo al Padre Almansa para todo el mundo inalterable y leve como un corderillo de la sierra».

Del señor Rector....

Luis Soraceta
Colegial

La Torre de Nuestra Señora

LEYENDA (1662 a 1665)

“O murs! ô créncaux! ô tourelles!....
Fiers châteaux! modestes couvents!....
Cloîtres poudreux, salles antiques!....
Lieux où le cœur met ses chimères!....

Víctor Hugo. *La bande noire*
Odes et ballades: Ode III.

Los bogotanos de hoy ignoran seguramente cuáles eran la traza y disposición externas de la iglesia de San Diego y cuál el aspecto de sus alrededores allá por los años de 1860. Muy otros de los que conocemos y frecuentamos nos los representa un apunte o esbozo que tomó del natural don Antonio Carvajal, acuarelista de mérito y litógrafo habilísimo de aquella época, a juzgar por una colección de trabajos suyos que conservan celosamente no sé qué parientes o allegados del artista.

La fidelidad de su dibujo resfría algún tanto el empeño con que la imaginación trata de fingirse la antigua Recoleta. Porque estamos tan hechos a venerarla como asilo de paz y tabernáculo de serenidad ingenua, y tan acostumbrados a mirarla como «lugar codiciadero para hombre cansado», que no acierta uno a evocar su imagen en los tiempos antiguos sin que al punto vengán a rodearla arboledas que la resguarden, huertos que la embellezcan, aves que la animen y raudales que la arrullen.

Preciso es confesar, a despecho de la fantasía, que la acuarela de Carvajal no exhibe nada semejante; sorprende más bien por lo despacible y escueto del paisaje, y descontadas las líneas maestras de la iglesia, siempre interesante como ejemplar de arquitectura es-

pañola, la Impresión que nos deja el conjunto es de aislamiento desolado e Inerte.

Pero hay un detalle característico que reclama prontamente la atención, y es una torre pequeñita destinada, según toda verosimilitud, al servicio exclusivo de la Capilla que en 1629 hizo construir el Licenciado Juan Ortiz de Cervantes para honor y alabanza de Nuestra Señora del Campo.

Casi en el extremo oriental de la iglesia y muy erguida sobre una sacristía minúscula adosada a la Capilla de Nuestra Señora por la parte del presbiterio, aparece en el apunte de Carvajal la torre susodicha que bien podría no tener más de un metro de lado por cinco de altura, entrando en esta cuenta la cruz o veleta del cimborrio. Y si se añade a esto que la torre consta de dos cuerpos con sus correspondientes ventanas en los cuatro costados, no quedará duda de que se trata de un campanario en toda regla. Todo lo cual me ha hecho pensar que Ortiz de Cervantes debió de ser muy amigo del orden y de la Independencia, pues no se contentó con edificar a su costa la Capilla y proveerla de enseres y paramentos litúrgicos, sino que, para excusar molestias y atajar pleitos con los Recoletos, propleta-rios de la iglesia, quiso que su capilla tuviese coro, sacristía y campanario aparte. Así nadie podría estorbarle y cuantas veces le viniera en voluntad podría disponer sus fiestas y solemnidades sin perjuicio ajeno y sin verse forzado a acudir a los Religiosos para que le franqueasen el coro, le abriesen la sacristía y le consintieran repicar.

Guiándonos ahora por una segunda acuarela que diseñó Carvajal, y en la cual ya no se ven rastros ni vestigios de la torre que mandó construir el licenciado limeño, podremos concluir que fue demolida, hacia la mitad del siglo pasado, Dios sabe por quién y por qué causa. Hasta es posible, vista la semejanza de los dos

paisajes, que Carvajal hiciera en ese mismo año aquellos dos apuntes, publicados luego en litografía, con el propósito de que las venideras gentes pudiesen cotejar los dos aspectos que ofrecían la Iglesia de San Diego y la capilla adjunta antes y después de derribar el campanario de Nuestra Señora del Campo.

De aquella época ya no quedan sino unos poquísimos testigos de quienes no he logrado obtener noticias que valgan la pena en punto de tradiciones y consejas relativas a San Diego y a sus vecindades y dependencias. Unos por desmemoriados y otros por enemigos de tratar con los «jóvenes de estos tiempos», es decir, con todo el que no cuente sesenta años cumplidos, me han negado casi unánimemente su cooperación en la tarea de esclarecer la historia y sucesos de la torrecilla tantas veces citada. Tan sólo el Padre Almansa con quien me hice contradictorio días pasados en la calle Florián, escuchó atentamente mis preguntas y me respondió en seguida:

—¡Cómo no! mijito.... la tengo muy presente.... encima, sí, encima de la sacristía de Mamá Linda, a mano derecha de la portada, me acuerdo que había una torre.... ¡ah! y ahí vi yo una campanita....

Y al decir esto soltó el Padre Almansa el embozo de su manteo de frisa y desembarazando una mano la meneó acompasadamente para representar el ir y venir de la campana cuando la echaban a vuelo.

—Y, repuse yo—¿la torre pertenecía a la capilla o a la igle....?

—Nó, nó, mijito—respondió el Padre animándose y sin dejarme concluir.... la torre, con su campana y todo eran de Nuestra Señora del Campo y no podían usarse sino en sus fiestas. Porque la Virgen siempre ha tenido aparte su capilla, su sacristía, sus joyas y su coro, y en aquel tiempo tenía también su campanario....

¡Con qué entusiasmo y con qué dulzura recordaba el P. Almansa estas cosas y cómo le agradecería el Licenciado Ortiz de Cervantes que guardara incólume y fervorosa la devoción a la Virgen del Campo, a pesar de los trescientos años que van transcurridos desde que Ortiz fue Oidor y Alcalde de Corte en esta Real Audiencia del Nuevo Reino de Granada, patrono y fundador otrosí de la capilla de San Diego, hasta estos días en que el Padre Almansa, cuyos títulos se cifran en la mansedumbre y humildad del corazón, atiende con los tesoros de la piedad, únicos que posee, al culto de la que es Reina en los cielos y en la tierra!

—Padre—seguí diciendo—¿se acuerda V. R. cuándo y por qué fue destruída la torre? ¿Sería tal vez el año de 60?

—Por ahí... quién sabe, mljito—contestó el Padre recapacitando vanamente. Yo creo que eso fue antes... pero... no, no me acuerdo.

Y prometiéndole al Padre Almansa que esa misma tarde iría a visitarle, apresuré la despedida.

Unos días después, cierto aficionado a muebles viejos me refirió que andando por Las Aguas en solicitud de no sé qué baratija o estoperol, había trabado amistad con don Buenaventura Roncancio, santafereño auténtico, que no obstante sus ochenta navidades, era de humor alegre y regocijado, con su poco de travesura y tan parlachín que por darse el gusto de narrar sucesos y aventuras de sus ya remotas mocedades, no reparaba en desairar el almuerzo que jamás dejaron de servirle a las 9 de la mañana.

Oír esto y encaminarme al domicilio de don Buenaventura fue una misma cosa, porque semejante infracción de una de las reglas más venerables de los santafereños no podía explicarse sino en el caso de que la conversación de Roncancio fuera para él y para sus interlocutores un puro embeleso.

Si mis conjeturas salieron fallidas, lo dirán quienes pasen los ojos por esta narración, cuya veracidad no garantizo y cuyo mayor deleite consistió para mí en oírla de labios de Don Buenaventura Roncancio, viejecito ochentón que vive de hilvanar recuerdos y de zurcir imaginaciones al abrigo de una casucha colonial, donde tal vez no ha brillado más oro que el desconchado y mustio de las tallas frondosas que guarnecen la urna del Niño Dios o encuadran la imagen de San Cristóbal, donde son recreo de la vista doncenones y albahacas, rosas de Castilla y claveles de «ciento en vara», donde se percibe a todas horas un ambiente cargado de olor a papaya sabanera y a humedad de tapete quiteño.

* * *

Mediado el siglo XVII llegó a Santafé doña Inés Carrillo y Sotomayor en demanda de la herencia que le correspondía por muerte de su hermano don Francisco, Encomendero que fue de Firavitoba, Cormechoque y Sichaca. El suceso, ya se ve, no era de importancia, pero muy pronto se la dieron la curiosidad, comadreías y murmuraciones de los santafereños. Porque, en primer lugar, repararon en la aventajada hermosura y garboso donaire de doña Inés, notaron en seguida su prosapia y linaje que por cierto no era de los más humildes, y se sorprendieron por último de que tan noble dama se presentase en Santafé sin otra compañía ni comitiva que la de una dueña cejijunta y grave como las que aborrecía Sancho Panza y le hacían confidencias a Don Quijote.

Súpose luego que la soledad y desamparo de doña Inés provenían de que las guerras y conquistas de los españoles le habían costado la vida de su padre; huérfana de madre lo era desde la niñez y ahora acababa de perder con don Francisco el único hermano y natural protector que tenía. Por dicha, le sobraban ble-

nes de fortuna y se contaba con mucha exageración y no menor envidia que traía consigo algunas riquezas de las muchas que dejaba en Cuenca y en Toledo, de donde son oriundos los Carrillos.

Causales eran éstas más que suficientes para que doña Inés lograra fama y celebridad entre los ociosos de Santafé; pero de allí a poco no hubo quien no la ponderase por su despejo y agudo entendimiento, lo mismo que por la amenidad de su conversación y por la cortesanía de sus modales, todo lo cual fue refrendado con el testimonio de varios personajes de cuenta, a quienes doña Inés hubo de tratar en atención a los negocios y litigios que tenía entre manos y que iba rematando con varonil entereza.

Nadie extrañará, según esto, que una tarde, andando hacia la Chancillería, don Fernando Leonel de Caycedo y don Miguel Enriquez de Mansilla, Registrador de la Real Audiencia, hablasen de su última entrevista con doña Inés en términos tan encarecidos que al fin provocaron esta observación de don Fernando:

—Voyme enterando de que para vuesa merced tiene más autoridad y son más concluyentes las razones de doña Inés que todos los textos de las Siete Partidas.

—Y yo apostaría, señor Caballero—repuso Enriquez— a que las Institutas y el Digesto no le han hecho cavilar tanto como doña Inés.

—Todo podrá ser, señor Registrador—añadió el de Caycedo—y eso irá ganando la dama, porque si se juntan la solicitud que vuesa merced le dedica y las cavilaciones mías, no tardarán en esclarecerse los pleitos y negocios que la fatigan y preocupan.

—Falta saber—replicó el Registrador con algo de sorna—si para entonces las cavilaciones de vuesa merced no habrán cedido el lugar a los desvelos.

—Menos prisa, don Miguel—dijo desabridamente don Fernando.—Vuesa merced vaya con tiento no sea que

tropiece y salga descalabrado, y para que otra vez no se desmande, advierta que doña Inés deja en España un hijodalgo a quien está prometida, y no prosigamos esta plática porque hemos llegado a la Chancillería y aquí voy a quedarme.

La noticia era cierta y si Leonel de Caycedo hubiera dicho todo lo que sabía, don Miguel habría entendido que el hijodalgo estaba para llegar a Santafé en busca de la señora de sus pensamientos y apenas repuesto de una dolencia mortal que le asaltó a tiempo que doña Inés concertaba su viaje y cuando ya no era posible demorarlo.

Ignoro si el amago de disputa entre don Fernando y don Miguel tuvo segunda parte o si el Registrador puso en olvido la recia acometida de don Fernando; lo que sí consta es que por aquel mismo tiempo menudeaban las rencillas, altercados y bravatas entre los cortejadores y galanes que seguían a doña Inés y rondaban su calle con la esperanza de hacerla deponer el ceño de altivo recato que la distinguía. Mas como doña Inés rehusaba las finezas de sus pretendientes cualesquiera que fueren, poco a poco fueron convenciéndose todos de que la empresa era difícil y al cabo no hubo sino tres que, cerrando los ojos al desengaño, perseveraron en su empeño y se propusieron hacer gala de asiduidad y comedimiento singulares.

Quiere decir esto que Alonso de Corcuera, Tello, Meneses y Javier de Osuna—que así se llamaban los tres galanes empecinados—agotaron en obsequio de la dama todas las invenciones y arbitrios que son de rigor en casos semejantes y que en aquellos tiempos estaban comprendidos en esta ley que promulgó Fray Antonio de Guevara, Obispo que fue de Mondoñedo, para uso de los enamorados:

«El que pretende servir a una dama en ninguna cosa se ha de ocupar ni su hacienda emplear si no es en a su dama servir».

Y tan estrechamente había de guardarse esta regla, que según advierte el propio don Antonio, el galán cortesano era tenido por de poca hidalguía si no acompañaba de continuo a su dama, pagando él lo que ella compraba, siguiéndola con antorchas si volvía tarde a su casa, no hablando sino cuando ella lo mandaba, haciéndole mil regalos si caía enferma, tomando venganza de quien la injuriaba y anticipándose a todos en aceptar desafíos en justas y en torneos, «por manera—concluye Guevara—que ninguna cosa ha de dejar de hacer por ella, por temor de la vida ni aun por falta de hacienda».

De sobra está decir que don Javier, don Tello y don Alonso no llegaron a cumplir una por una las prescripciones de este complicadísimo ceremonial, porque de una parte el retiro y gravedad de doña Inés y de otra las mansísimas costumbres santaferneas no daban lugar ni ocasión para ello, por lo cual se contentaron con seguirle los pasos y no perderla de vista en calles ni en iglesias.

A la larga este acompañamiento se convirtió para doña Inés en intolerable servidumbre, porque si salía de casa lo primero que veía en el zaguán frontero era la capa y el sayo verdinegros con que se trajeaba don Tello; si seguía por la derecha allá estaban la gorra y el ferreruelo de don Javier, y si torcía por la izquierda era infalible topar con don Alonso embutido en una ropilla de mangas sueltas con su correspondiente golilla valonada. Y era de vérselos luego que doña Inés seguía por la calle adelante, muy cuidadosos de medir los pasos para no perder sus posiciones en torno de la dama, diestros en fingir que iban remirando aleros y contando tejas, pero sin dejar cada uno de reparar en los ademanes de sus compañeros para adelantárseles siempre que se ofrecía alguna ocasión de hacer reverencia y homenaje a doña Inés.

Con esta comitiva forzosa, haciéndole escolta el en-

tonces Alcalde de Santa Fé, don Joseph de Solavarrieta y con el aditamento de la dueña que ya se mencionó, caminaba una tarde doña Inés hacia la Recoleta de S. Diego donde tenía que avistarse y conferenciar con Fray Andrés de Betancurt, religioso de notable santidad y de tan grave aspecto que algún contemporáneo suyo llegó a decir de él que «su natural severidad de semblante lo representaba intratable».

En lo que atañe al Alcalde, sepase de una vez que su compañía no era fortuita y ocasional, sino buscada muy de intento por doña Inés. Porque ciertamente no convenía a su recato el aventurarse hasta S. Diego sin la guarda y séquito de un caballero principal que la sirviese y tutelase. Y si pareciere extraña esta precaución, adviértase para justificarla que en esos tiempos la ciudad concluía en Las Nieves y que de ahí para adelante la población era escasísima, de suerte que los coetáneos no precisaban el sitio de la Recoleta mencionando sus vecindades sino diciendo simplemente que se hallaba «sobre el camino de Tunja».

Mientras doña Inés habla con Fray Andrés, don Joseph de Solavarrieta echa un vistazo por la iglesia y traba después conversación con Fray Sebastián junto a la sacristía de Nuestra Señora.

—¡Vuesa Merced por acá!—dice al reconocerlo el lego, alzando las manos al cielo con expresión de pasmo—tiempo ha que no le veíamos, y a fe que hubiera sido oportuna la visita unos días antes.

—Mucha falta hago aquí según veo, Hermano Sebastián, repuso el Alcalde.

—Más de lo que Vuesa Merced imagina—afirmó gravemente el lego—y es lo peor del caso que como Alcalde y no como amigo estuvo deseándole la comunión.

—¿Como Alcalde?—preguntó con gran cachaza don Joseph—no faltaba más sino que sus Reverencias ar-

maran alguna gresca con sus correspondientes voces, cuchilladas y cintarazos y que me tocara a mí sosegar la tremolina!

—Vuesa Merced lo echa a broma—respondió el lego—y no lo acierta. De todo pudo haber en este convento, mas no por culpa de ningún religioso, claro está, sino por arte del Demonio.

—Entonces, hermano Sebastián, sobraba el Alcalde y sobraban los alguaciles, corchetes y demás ministros de la justicia; lo que procedía en esa coyuntura no era pedir auxilio al brazo secular sino exorcismos y agua bendita a la iglesia.

—Digo que por arte del Demonio—apuntó Fray Sebastián—porque sólo él es capaz de perder a un hombre como perdió al cuitado que nos puso en aprietos la otra semana.

—No es gran cosa lo que voy entendiendo, hermano Sebastián—observó don Joseph—y será menester, porque ya me entró curiosidad, que me refiera puntualmente lo que aconteció.

—Olgame, pues, Vuesa Merced—repuso el lego—y juzgue qué tan amargo fue el trance en que nos vimos. Hará cosa de ocho días se nos entró por las puertas un mozo tan cabizcaído y macilento que a tiro de ballesta se conocía no estar muy lejos de fenecer desastadamente. Apuesto y gallardo debió de ser antes de que lo tomase el mal, y flaco y sucio como estaba nos pareció que tenía mucho de caballero y nada de villano. Pero no se logró averiguar cosa alguna tocante a su linaje, a sus andanzas y a su venida a este lugar porque la espantable melancolía que iba rindiéndole no le dejó descoser los labios sino para pedir un jergón a donde rogerse. Llevámosle luego a la enfermería, metióse en una cama y de allí no quiso menearse en tres días que aprovechamos para remediar su desfallecimiento y atender a su alma.

Para sólo esto vino del convento de Santa Fé nuestro Padre Betancurt a quien ya conoce Vuesa Merced. Tanteó como pudo las disposiciones del enfermo, logró que le mirase muy atentamente y que escuchara sin pestañear una exhortación de tan singular eficacia que hizo prorrumpir al pobre mozo en amarguísimo llanto y en suspiros que nos partían el corazón. Nada menos podía esperarse de Fray Andrés, a quien la mucha penitencia tiene convertido en armazón de huesos que sólo respira muertes y eternidades!

Al otro día hallamos al enfermo tan dócil y humilde que sin trabajo lo convencimos de que le vendría de perlas un rato de esparcimiento. Consintió en que lo trajésemos hasta este huertecillo, y estaba aquí junto a la iglesia, triste y desmedrado y sin alientos cuando acertaron a pararse, no tan lejos de él que no pudiera escucharles, dos caballeros que venían de la ciudad y hablaban cabalmente de doña Inés de Carrillo y de su difunto hermano don Francisco.

Acuérdome de esto, señor Alcalde, porque a tiempo que los nombraban, vi yo que el mozo caía derribado sin sentido y tan aceleradamente que no pudimos socorrerle aun cuando los dos caballeros y yo nos percatamos casi a un mismo tiempo de la caída y accidente subitáneo del pobrecito. Levantámosle prestamente y vímosle tan maltratado y sin pulsos, que pensamos le habría llegado la hora, por lo cual, y por primera providencia, hicimos venir a Fray Andrés para que luego le encomendase el alma.

Cuando llegó su Reverencia—y no fue larga la demora—comenzaba el mozo a recobrarse y a revolver los ojos como si despertase de un sueño larguísimo y no acabara de entender dónde ni entre quiénes se hallaba; al fin pudo tenerse en pie y no sé yo qué fue primero, si enderezar el busto o romper en los más ter-

merosos y doloridos extremos de pesadumbre y desesperación. Cadavérico el rostro, encendidos los ojos, desgredado el cabello y trabucada la lengua, se apartó de nosotros y de paso atropelló a Fray Andrés, que por cierto quedó tan enredado y preso en el hábito, que sólo después de mil trabajos acertó a sacar libre la cabeza por entre el boquerón de una manga. Lo peor del caso fue que el penitentísimo Fray Andrés, sin atender al desusado perjeño de su vestimenta, salió en volandas tras del mozo enfurecido gritándole conjuros y exorcismos con tal fervor y alboroto que sobresaltados los religiosos que a esa hora dormían la siesta, salieron a enterarse del suceso; repararon entonces en la capucha que Fray Andrés agitaba con la mano por encima de la cabeza y sin atinar con lo que podía ser este fantasma con hábitos de fraile, echaron a correr en su seguimiento con no menos ruidoso vocerío. Diéronles por último alcance en la escalera del claustro alto; allí se abrazó Fray Andrés con el mozo para detenerle y los religiosos con Fray Andrés para el mismo intento, trabáronse todos sin reconocerse porque la escalera es oscurísima, clamaba destempladamente el mozo y forcejeaba para desasirse del Padre Betancurt, conjuraba Fray Andrés al demonio con exorcismos paurosos, se aturdían todos con los alaridos, amenazas e invocaciones de los fralles y estaban ya para desgañitarse a puros gritos cuando se desmayó otra vez el mancebo sin ventura, con lo cual perdió pie Fray Andrés y rodaron todos escaleras abajo juntándose en un sólo estruendo el tumulto de las voces y el golpazo de la caída.

Poco a poco fueron reponiéndose todos y se halló que el Padre definidor tenía en la frente un chichón tamaño como una papa, al guardián se le desconcertó una rodilla, a otros religiosos les sangraron las narices, pero el peor librado fue, sin duda, Fray Andrés

que, si no me equivoco, salió de esta aventura con dos costillas rotas y un cuadril desollado.

Y por lo que hace al mozo, sepa vuesa merced, señor Alcalde, que no volvió de este segundo desfallecimiento, agonizó cuatro días y en todo este espacio no pudo hablar palabra ni dar otras señales de vida que unos suspiros tan profundos que creíamos iba a arrojar el alma con ellos. Finalmente, importunado por Fray Andrés para que dijese qué le atormentaba y qué espíritus inmundos le afligían, contestó a regañadientes algo que no se le entendió, saltáronsele dos lágrimas, cerró los ojos pausadamente con ademán de fatiga inmensa y entregó el alma a eso de las cuatro de la madrugada de hoy.

Despavoridos nos quedamos todos viendo este fin y acabamiento miserables; y no nos quedó duda de que el demonio había tenido parte y no pequeña en este negocio, cuando supimos de boca de Fray Andrés, que a lo más patético y encendido de la postrera exortación había correspondido el infelícísimo mancebo con estas solas voces: ¡nes! ¡nes! pronunciadas con sumo trabajo y desconsuelo. Ellas, bien claro está, valían por unos ¡nones! perentorios y redondos enderezados a Fray Andrés para que cesase en su piadoso intento de convertirlo.

Primero con curiosidad, después con risa y a lo último con desgano oyó el Alcalde la narración del lego Fray Sebastián, mas no era justo desairarle mostrándole aquella indiferencia que naturalmente han de sentir las gentes del siglo por los casos y sucesos domésticos, que preocupan a los religiosos y que no suelen ser sino remedo pueril o sustitución ingenua de las aventuras mundanas. Fingiendo, pues, un interés que no sentía, le preguntó:

—¿Y ahora qué piensan hacer sus Reverencias?

—Vuesa merced comprende—respondió con solemnidad Fray Sebastián—que al tal mozo no puede dár-

sele sepultura eclesiástica por cuanto, además de haber dado indicios de posesión diabólica, murió fuera de la Iglesia y rechazó los sacramentos. Por lo cual resolvió el Padre Definidor que no se depositara el cadáver en el Mortuario del Convento, sino en la sacristía de Nuestra Señora, mientras viene a llevárselo mañana muy temprano el sepulturero de los pobres.

Algo más iba a inquirir don Joseph de Solavarrieta, pero se lo estorbó la llegada de don Francisco Venegas, su compañero en la Alcaldía. Acompañábanle en esta sazón los tres galanes consabidos, don Alonso, don Tello y don Javier, que, como puede presumirse, no se juntaron con el Alcalde Venegas porque su sociedad les fuera muy halagadora sino porque iba camino de la Recoleta donde sabían que estaba doña Inés atendiendo a sus devociones.

Saludáronse los dos Alcaldes y trabaron conversación en seguida; se apartó discretamente Fray Sebastián, hicieron los tres jóvenes una mediana reverencia a las autoridades y sin más preámbulos se encaminaron a la iglesia. Pero quiso la fortuna que llegasen a un mismo tiempo y como ninguno quisiera ceder el paso, se detuvieron a la puerta y tras de algunas miradas y gestos impacientes y coléricos, vinieron las demasías de palabra.

—Delante de todos he venido, don Alonso—le dijo don Javier, y así pretendo entrar a la Iglesia sin pedir la venia de vuesa merced.

—A mí entender, está por demás esta petición—respondió don Alonso—y por lo que me atañe, tan dueño soy como cualquiera para entrar y salir cuando me acomode sin licencia de vuesa merced, señor de Osuna.

—Vuesa merced entrará cuando le plazca—señor de Corcuera—repuso don Javier—menos cuando yo piense que debo adelantármele.

—¿Esas tenemos, don Javier?, pues si a vuesa merced conviene que le sigan, pajes y lacayos había de

traer al retortero para que le guardasen las espaldas, porque....

—Vuestas mercedes—Interrumpió aquí don Tello—no acabarán de entenderse hoy ni mañana, por lo cual, y mientras sacan algo en limpio, proseguiré mi camino.

—Otra vez digo, señores, que entraré primero—afirmó don Javier—pése a vuestas mercedes.

—Y yo digo—exclamó don Alonso—que eso no será mientras vuesa merced no compruebe su derecho.

—A eso me atengo—concluyó Meneses—; vuestas mercedes ventilen sosegadamente su negocio, que por las trazas no será breve, y yo aguardaré la resolución allá dentro.

—No hará tal vuesa merced—gritó enfurecido don Javier—y si no le importan mis razones ni quiere esperar a que concluya con don Alonso....

—O a que yo concluya con don Javier—interrumpió con voz iracunda el de Corcuera.

—Concluiré con quien me dé la gana—clamó desatinadamente don Javier—y vive Dios que si no bastan las palabras, andaremos esta misma tarde a cuchilladas.

—¡A Iglesia me llamo!—dijo con burla don Tello, y adelantó un paso.

—¡Téngase vuesa merced o hago un desatino!—gritó fuera de sí el de Osuna echando mano al espadón.

—Vuesa merced no me asusta, señor caballero—voceó Meneses—y tenga entendido que me mofo de sus razones lo mismo que de sus amenazas.

—¡Fuéra de ahí deslenguado!

—¡Atrás, follón entrometido!

—¡Favor a la justicia!—clamaron a una los dos Alcaldes, interrumpiendo su plática al oír tales denuestos y ven que los contendientes estaban para venirse a las manos.—¡Favor a la justicia! Vuestas mercedes se reporten y miren que hace rato están profanando un lugar santo.

—¡Esto nos faltaba!—dijo entonces don Alonso—que viniesen extraños a meter baza en pleitos que no son suyos.

—¡Que no son nuestros!—contestó furioso don Joseph.—Solavarrieta me llamo, Alcalde soy y fuerzas me sobran para meter en pretina a cualquier barbilindo que....

Alguna o algunas atrocidades iba a decir don Joseph en defensa de su autoridad menospreciada, pero se las atajó la presencia de doña Inés que en ese momento llegaba a la puerta de la iglesia donde se detuvo a considerar los personajes de esta escena. Y fueron sus miradas y su rostro tan risueños y tan altivos que pusieron freno a todas las lenguas y compostura y vergüenza en todos los semblantes.

Al cabo de unos momentos en que nadie se atrevió a chistar ni casi a rebullirse, dijo pausadamente doña Inés:

—Quisiera saber, ya que es tan fácil trocar en campo de torneo y en estrados de justicia los atrios de las iglesias, si estos lugares consienten asimismo que se guarde comedimiento con las damas.

Entendió la pulla don Joseph de Solavarrieta y sin decir palabra acudió al lado de doña Inés para conducirla a Santafé y acompañarla hasta su domicilio, según estaba convenido entre los dos. Quedáronse los demás harto mohínos y desazonados, encamináronse a la ciudad la dama y el alcalde, trató éste de desenojarla contándole lo que había oído a Fray Sebastián, mas no logró sacar de su embebecimiento a doña Inés. Solamente cuando le contó que el presunto endemoniado suspiraba de continuo, pareció mudar de idea, porque se volvió con presteza hacia su compañero y le dijo:

—Vuesa merced, señor Alcalde, me ha hecho acordar de una persona que dejé en España y que en cierta ocasión me entonó una copla muy primorosa; óiga-

la vuesa merced y juzgue si se acomoda al caso que me cuenta:

*«Cuando se encuentra allá dentro
El dolor con el sentido,
Suspiro es el estallido
Que resulta del encuentro».*

—Hermosa es, a fe mía,—repuso don Joseph—pero si fuéramos a aplicársela al desdichado que acaba de morir en San Diego....

—No, no, señor Alcalde—dijo doña Inés—no vaya a quebrarse la cabeza por cosa de tan poco fuste; otras hay de menos fantasía y de más cuidado que me traen pensativa.

—¿Y esas cosas—preguntó el Alcalde—serán de las que yo puedo saber o remediar?

—Saberlas no es difícil, don Joseph—respondió la dama—puesto que mis culpas se reducen a discurrir cómo haré para ahuyentar a esos tres caballeros que me agobian con su compañía y que hace poco estaban para dar un malísimo rato a vuestas mercedes los Alcaldes.

—Si de eso se trata—exclamó con grandes bríos don Joseph—no ha de quedar por mí; alguaciles tengo....

—Mucho celo es ese, amigo mío—interrumpió doña Inés.—Vuesa merced resuella por la herida, quiero decir que aún están escociéndole las demasías de aquellas gentes y que diera algo bueno por escarmentarlas.

—Entonces....

—Nada perderá vuesa merced con aguardar un par de días y si de aquí a pasado mañana no he sabido quitarme de delante esos caballeros, podrá ser que otra vez le llamase.

—Luego vuesa merced tiene concertado algún plan.

—Quizás si don Joseph, pero no sé si sucederá como yo lo imagino y apetezco; por lo cual no diré sino que «amanecerá y veremos». Y con esto quede con Dios,

señor Alcalde, y no olvide que le estoy harto reconocida y obligada.

Aún no había concluido la tarde cuando el plan consabido comenzó a entrar en vías de ejecución. Y fue su primer efecto hacer llegar a manos de don Alonso de Corcuera un billete que decía: «Si Vuesa merced pretende acreditarse de valiente y servir a quien como mujer tiene caprichos, vaya esta noche a San Diego y tome el lugar del difunto que está depositado en la sacristía de Nuestra Señora. Otra cosa no mando sino que Vuesa merced se haga cadáver hasta la madrugada».

Al mismo tiempo que don Alonso veía o creía ver abierto el cielo de sus esperanzas, premiados sus afanes y admitida su constancia con sólo darle gusto a doña Inés acometiendo y acabando esta lúgubre aventura; don Javier se daba infinitos parabienes por haber logrado que doña Inés le sometiese a una prueba definitiva cuya aceptación tendría por precio el favor de que la insigne dama le eligiese. ¿Cómo podría dudarle si ella misma se lo daba a entender en otro billete que contenía estas solas palabras?:

«Vuesa merced ha menester de penitencia para enmendar sus desmanes; llevadera se la impongo porque no le pido sino que vele y acompañe a pie quedo y desde la media noche hasta el alba un cadáver que encontrará en la sacristía de Nuestra Señora del Campo. Vuesa merced sea discreto y no pierda esta ocasión de satisfacerme». Pero también andaba ufánísimo a esas horas don Tello Meneses, a causa de cierto billete en que doña Inés le zahería y juntamente le otorgaba prendas de su predilección.

«Entiendo que a Vuesa merced no le faltan sus puntos y ribetes de truhán. Séalo enhorabuena esta madrugada a costa de alguno que se quedará velando un muerto en la sacristía de Nuestra Señora del Campo. Asístelo fingiéndose Demonio y si Vuesa merced no

se amedrenta en estos lances yo veré la recompensa que le cuadra».

Al revés de Josué, los tres galanes hubieran procurado apresurar la huida del sol para cumplir cuanto antes los deseos de doña Inés y lograr por este camino sus favores. Deleitaba y venturosa expectativa que por una parte los determinó prontamente a aceptar las extrañas propuestas de la dama, y por otra les obligó a guardar entre sí alto silencio y profundísimo secreto acerca del billete que cada uno había recibido de manos de la dueña que ya conocemos, la cual, bueno es advertirlo, exornó su tercería y ministerio con apremiantes recomendaciones de sigilo.

En resolución, cada uno de los tres enamorados se convenció de que él y sólo él había sido puesto a prueba por doña Inés, creyó que a él exclusivamente había escrito la de Carrillo esa misiva algo emparentada con los carteles de desafío, y se persuadió, en fin, de que su billete no sólo era único y sin semejantes, sino que tenía todas las apariencias de una merced y gracia singularísimas.

Descontadas estas razones concluyentes, había bastado para que los tres mancebos no trataran entre sí de cosa alguna y mucho menos de la aventura en que iba a ponerlos esa noche un antojo femenino, la brava enemistad con que se habían apartado aquella misma tarde después de su encuentro en la puerta de San Diego.

Antes que mediase la noche, que por cierto fue de las frigidísimas y lluviosas, ya estaba don Alonso rondando por las cercanías de la Recoleta. Alma viviente era inútil buscar en tanta soledad y en hora tan medrosa, por lo cual se encaminó luego a tienta paredes hacia la sacristía de Nuestra Señora del Campo; topar con ella no le fue dificultoso gracias a una claridad tenue y vacilante que se colaba por la puertecilla entrecerrada, pero necesitó esfuerzo increíble para decidirse a penetrar en aquel mortuario improvisado, donde una candileja so-

litaría daba luz y compañía al ataúd paupérrimo en que, según los relámpagos de la llama, a veces se veía y a veces se adivinaba el bulto de un cadáver amortajado. Y más espantable se hizo aquel paraje a los ojos de don Alonso cuando los fijó muy abiertos y atónitos, en las sombras que la triste lucecilla hacía ir y venir, crecer y menguar en las paredes y en el techo del recinto, como para hacer cortejo a la sombra del ataúd que al moverse sobre el muro a compás de los destellos del candil, parecía que bogaba con el muerto, encima de unas aguas impalpables y silenciosas.

Sobrecogido como estaba y temeroso además de la venganza que acaso pudieran tomarse los difuntos, don Alonso tuvo tentaciones de abandonar la empresa descabellada a que le había traído el amor de doña Inés. Mas luego que se le representaron la hermosura que lo enamoraba y los compromisos de su galantería, se dejó de contemplaciones y con gentil denuedo apartó el sudario, se abrazó con el cadáver y se lo echó sobre el hombro.

Una nueva perplejidad vino en tal punto a acongojarle, porque no sabía qué hacer con el difunto; dejarlo en un rincón de la sacristía era resignarse a tenerlo de presente durante la vigilia detestable que le aguardaba, sacarlo fuera le parecía linaje de crueldad e irreverencia, y vacilando entre estos dos extremos optó al fin por esconderlo en los bajos de la torrecilla de Nuestra Señora contiguos a la sacristía. Metióse, pues, con su carga en tal vericuetto pero lo halló más angosto y reducido de lo que era menester para su intento de recatar el cadáver y, cansado finalmente de buscarle posturas y acomodo, determinó arrimarlo de pies a la pared y echarle al cuello una lazada con las cuerdas de las campanas para que no se le desmadejase. Hecho esto con la celebridad y desagrado que son de suponer, volvió don Alonso a la sacristía, y como mejor pudo se acostó en el ataúd y se echó encima el sudario.

Ahí se estuvo renegando de los caprichos de doña

Inés, porque otra cosa no podía exigirse en buena ley de quien por darle gusto arrostraba estas tribulaciones inauditas, hasta que oyó unos pasos muy quedos que pararon a la puerta de la sacristía.... Válgame Dios y qué de disparates no se le ocurrieron al cultado de don Alonso en aquel momento! Almas en pena, diablos y demonios, purgatorios e infiernos le parecía que iban a llenar el recinto tenebrosísimo en que se hallaba; pensó que el otro mundo despachaba enisarios sañudos o maleantes para que luego de zarandearle y pellizcarle a su sabor, le azotasen y diesen de mamonas y por último le sumiesen en los infiernos para castigar la liviandad de sus deseos y la osadía de sus profanaciones. ¡Ah! y de fijo le ahorcarían para vengar el agravio que había hecho al difunto amarrándole al pescuezo las sogas de las campanas; y Dios sabe—continuaba pensando atropelladamente don Alonso—Dios sabe si no es el mismísimo difunto que yo colgué el que está ahí a la puerta atisbándome con los ojos saltados y mostrándome dos palmos de lengua.

Estornudó en esto el visitante misterioso, con lo cual se sosegó algo el de Corcuera, pues no le pareció creíble que los muertos ni los demonios estornudasen, aguzó más los oídos y percibió sin sombra de duda que el recién llegado se asentaba en un sillón frailerio que había visto cerca de la puerta, y esto acabó de tranquilizarle por cuanto a los acontecimientos diabólicos no suelen preceder señales y pronósticos de tanta llaneza.

Y tenía razón don Alonso porque el visitante no era otro sino don Javier de Osuna que venía a cumplir la voluntad de doña Inés en la forma y términos que ella le había impuesto y con un temor y sobresalto no menores que los que embargaban a su compañero el ensabanado don Alonso.

Adelantaba la vigilia, y el de Corcuera sentía, amén de sus terrores, que la inmovilidad y rigidez de su

postura le iban paralizando los miembros; tampoco se sentía muy a sus anchas el de Osuna, a la sazón medio desmayado entre los brazos de la silla que para él se había convertido en potro y banquillo inaguantables; y quien le hubiera visto en tal noche arrebujaado entre los pliegues caudalosos de su capa aguadera y medio escondido el rostro en las concavidades de la caperuza que había traído para resguardarse del sereno, no le habría reconocido de puro desencajado y tembloroso que lo tenía el miedo.

Pero estaba escrito (y esto no es una manera de decir), estaba escrito que ni don Javier ni don Alonso verían llegar la madrugada en la sacristía de Nuestra Señora. Porque apenas se había oído el tercer canto del gallo, cuando invadió el recinto una claridad rojiza como de tea humosa muy encendida y llameante. La notó don Alonso a través de su sudario, imaginó don Javier que algo estaba ardiendo a la puerta de la sacristía porque por allí entraba el resplandor, pensó el uno que la Recoleta se había incendiado y que llovía fuego del cielo, creyó el otro que estaba abriéndose un anchuroso boquete por donde resollaba el infierno y no hubo lugar a otras conjeturas porque en ese instante apareció en la puerta de la sacristía un demonio espantable, negrísimo de semblante y de manos, coronado aquél por disforme cornamenta y ocupadas éstas por una antorcha descomunal que sudaba pez y resina ardiendo, sobre una capa muy roja que le llegaba hasta los pies; eran éstos, en fin, a manera de raíces muy abiertas har- to semejantes a las patas de las aves. De presumir es que tendría rabo pero no alcanzó a averiguarlo el mísero don Javier que enloqueciendo de repente comenzó a gritar desaforadamente y salió disparado de la sacristía sin pulsos y sin seso. Al ruido de las voces y carreras de don Javier, don Alonso llegó al extremo del terror, se incorporó despavorido en su ataúd y vio delante la feísima catadura del demonio, el cual echó pie

atrás viendo que el muerto resucitaba y hacía además de maldecirlo y conjurarlo con los ojos fuera de sus cuencas, con la voz que parecía barajarse con ronquidos y estertores siniestros, con los pies y las manos que pugnaba por desprender de la sábana que los ceñía.

El demonio, es decir, don Tello Meneses, no contaba con este portento formidable y también fue vencido por el miedo, soltó la capa a tiempo que don Alonso trataba de escabullirse puerta afuera, enredándose allí los dos. Y creyó don Tello que el difunto iba a acogerle y temió don Alonso que el demonio le arrebatase, por lo cual con desusada ligereza se apartaron uno de otro y echaron a correr hacia los campos que por aquel tiempo circundaban la Recoleta de San Diego.

Con las primeras luces del alba bajó Fray Sebastián a la sacristía de Nuestra Señora y fue indecible su sorpresa al encontrarse con el ataúd vacío y con una capa roja chamuscada. Mas la santidad de este bendito lego, de quien refiere un contemporáneo que «después de muerto fue desnudado tres veces por las gentes ávidas de reliquias», no se desmintió en este trance y dejando para más tarde las pesquisas acudió al campanario para tocar a Laudes, pero aquel día enmudecieron los sagrados broncees porque al tropezar Fray Sebastián con el difunto dio tal respingo y zapateta que fue a caer en mitad de la sacristía, de donde salió en volandas a contar el caso a la Comunidad. Oyéronle haciéndose cruces algunos Padres graves, entre ellos Fray Andrés, y bajaron luego a cerciorarse por vista de ojos del acaecimiento que a media lengua narraba Fray Sebastián. Mudos y alelados se quedaron al percatarse del suceso y ya comenzaban a hilvanar conjeturas espeluznantes que lo esclareciesen, cuando tomó la palabra Fray Andrés de Betancurt y habló de esta manera:

«Sepan Vuestras Reverencias que este mozo mal-

hadado se llamó en vida don Diego Meléndez y Peralta, según leí anoche en unos papeles que hallé cosidos a sus ropas, y si ahora vemos su cadáver sufriendo castigo y vergüenza postrimeros, obra es del demonio que por permisión divina así pudo ensañarse en quien no renegó de él sino de la fe y de los sacramentos. 'Digitus Dei est hic', Padres y hermanos míos, y es justo que tal pague quien tal hace».

Y no dijo más el Revdmo. P. Betancurt porque llegó el sepulturero de los pobres a reclamar el cadáver y porque bastaba y sobraba con eso para dejar a los oyentes muy compungidos.

Todo lo cual llegó finalmente a oídos del Alcalde don Joseph de Solavarrieta, quien se apresuró a visitar a doña Inés para ponerla en autos de la noticia que ya empezaba a correr por la ciudad con escándalo y edificación de la chusma devota y milagrera que siempre ha sido numerosísima en Santa Fe.

Y fue el caso que apenas vió doña Inés al Alcalde le salió al encuentro y le saludó muy regocijada y engreída con estas palabras:

—Vuesa merced, señor don Joseph, viene a darme los parabienes y a fe que los merezco porque en todo el día no se han mostrado por acá mis tres galanes.

—Pues si vuesa merced lo manda, vayan esos parabienes que, cierto, no traía prevenidos, porque estaba pensando en otras noticias que parecerán increíbles, contestó Solavarrieta que ya no recordaba los planes de doña Inés.

—Vengan enhorabuena las noticias—repuso la dama—y no demore vuesa merced el gusto que siempre me da con sus razones.

—Ello es—comenzó don Joseph—que el mozo aquel cuyo fallecimiento en la Recoleta conté ayer a vuesa merced...

Y el Alcalde refirió entonces a doña Inés que le

escuchaba con gran gusto y curiosidad y hasta con amagos de sonrisa, el hallazgo de la capa, del ataúd vacío y del cadáver ahorcado con las cuerdas de las campanas; narró así mismo por menudo los aspavientos de Fray Sebastián, el sermón de Fray Andrés y el triste y solitario enterramiento del pobre mozo, y por último dijo:

—A estas horas ya no nos queda nada por saber ni aun el nombre del infeliz ahorcado.

—¿Y cuál era?—preguntó doña Inés.

—Diego Meléndez y Peralta, creo que se llamaba, contestó el Alcalde.

Oír este nombre y desplomarse doña Inés fue una misma cosa, precipitóse don Joseph a socorrerla, llamó a la dueña, vinieron los vecinos, acudió el protomé-dico y entre todos consiguieron que volviera en sí, pero mejor habría sido que se les quedase entre las manos porque doña Inés de Carrillo y Sotomayor perdió el juicio para siempre y poseída de atroz melancolía murió un año después.

Por su parte, los tres galanes de esta hermosísima dama guardaron celosamente el secreto de su derrota y a nadie quisieron decirle por qué se dejaron de aventuras y amoríos y por qué uno tras otro abandonaron a Santa Fé con ánimo de meterse frailes en algún convento de rigurosa observancia, en donde pudieran llorar los devaneos de sus mocedades. Ignórase cómo y dónde cumplieron su propósito y pusieron el colmo a su conversión don Tello y don Javier; en cuanto a don Alonso de Corcuera, es tradición y fama que le detuvo en el camino de la vida perfecta una hidropesía que lo mató por ahí en los aledaños de Tocaima.

—He pensado—me decía don Buenaventura Roncanci al acabar de contarme estos sucesos—que desde aquel tiempo fue mirada la torre de Nuestra Señora del Campo como lugar infausto donde el diablo solía hacer

de las suyas; lo cierto es que poco a poco la abandonaron y comenzó a caerse de vieja, y al fin creo que se vino al suelo o que la demolieron por allá hacia el cuarenta y cinco.... o más bien hacia el cincuenta y cinco... ¡quién sabe!

LUIS SORACTA
Colegial

NOTA.—Algunos de los personajes de este cuento están citados, con noticia de los empleos que tuvieron en la época a que se refiere esta leyenda, en Juan Flórez de Ocariz. Tomo II, páginas 243, § 8 (que se refiere a la Encomienda de Flravitoba, etc). Tomo I, página 212, § 7, página 175, página 213, página 212, § 9, página 213, § 10 (que se refiere a Fray Sebastián, de quien se dice: «Como a Santo le desnudó la devoción del pueblo de tres hábitos antes de enterrarle, porque nadie se quería quedar sin reliquia»). Página 251, donde consta que Solavarrieta y Venegas fueron Alcaldes desde 1662 a 1664.

Crónica del Colegio

Mayo nos ha sorprendido en nuestra vida normal. Ni el espíritu ni las leyes que lo rigen han cambiado en este Colegio Mayor. Las mismas caras que en abril se muestran por sus claustros. El Rector es siempre asiduo en su despacho. No ha crecido el Prefecto ni el señor Vicerrector ha perdido su complacencia. A igual hora continúa llegando a su oficina el Síndico y un solo día no ha dejado de verse la kilométrica silueta del Secretario.

Fray Cristóbal sigue de pie en su pedestal. Desde allí imparte él lecciones de austeridad y mansedumbre; vigila la puerta de entrada con sus ojos de bronce; soporta, con no envidiable paciencia, el sol y el agua y carga, día a día, sin cansancio, el duro libro de sus Constituciones.